

Martin
MacInnes

ASCENSIÓN

Traducido del inglés por Javier Calvo

Primera parte

Endeavour

1

Nací en la parte más baja del país, siete metros por debajo del nivel del mar. Cuando llegó mi hermana tres años más tarde, nos mudamos al sur, a la ciudad propiamente dicha. Al distrito norte de Rotterdam. La tierra estaba recién excavada, reclamada hacía poco del fondo marino, dragada por medio de embarcaciones y reforzada con cemento. El suelo de debajo todavía estaba blando y había partes de la calle que se desprendían. Recuerdo humo de incienso, un olor salobre en casa, como si cada momento fuera un hechizo, una escena que se tenía que invocar para que existiera.

La playa del río era artificial, y cuando caminábamos por ella me imaginaba que teníamos debajo una zona hueca, un vacío inmenso. Íbamos los fines de semana y en vacaciones, y mi padre siempre prestaba mucha atención a las mareas, nunca se quedaba quieto, sino que iba y venía. Yo echaba arena en mi cubo de plástico, la compactaba, volcaba el cubo y lo volvía a hacer una y otra vez.

—No caves demasiado hondo —me avisaba mi padre, antes de volver a vigilar el agua.

En la Segunda Guerra Mundial, el centro de Rotterdam —el casco antiguo histórico— había quedado completamente destruido. En los recuerdos de infancia de mis padres había espacios amplios, avenidas anchas y un viento feroz procedente de los puertos. Podían ver a mayor distancia porque se habían demolido muchos elementos del paisaje. Me enseñaban fotografías impresas en cartoncitos blancos con unos bordes grandes y negros. Eran escenas

neblinosas, llenas de polvo, donde todo —desde los edificios que quedaban en pie hasta las figuras que caminaban entre ellos— parecía más pequeño y bajo. Aquello me reconfortaba, me indicaba que el mundo todavía estaba creciendo, que se encontraba en fase de creación. Quizás algún día se acabaría. El *skyline* de Rotterdam —alimentado por las resplandecientes refinerías que abarrotaban el enorme puerto— ahora parecía Manhattan, un bosque de acero, cromados y cristal. Una tarde de domingo en que yo tenía cinco años, mi pala se clavó en la arena y chocó con el cemento de debajo. El impacto me mandó una vibración por los nervios y me dejó mareada. No era real. Nunca olvidaré la cara de horror que me dedicó mi padre. Había estropeado algo, me decía su mirada. Había roto la ilusión y ahora me tocaba pagar.

Mi madre, Fenna, era del norte, hija única de una enfermera y un operario de fábrica; los dos habían muerto cuando ella estaba empezando la universidad, su madre de cáncer y su padre poco después de una enfermedad sin especificar. Era tentador ver las matemáticas —su pasión, el trabajo de su vida— como consuelo, como evasión de la realidad capaz de esconderse tras el disfraz de una confrontación, aunque como decía Erika, la prima-hermana de Fenna, simplemente eso no era verdad. A Fenna le habían interesado siempre las matemáticas. Más que interesado: la habían cautivado, obsesionado. Había sido una chica tímida y retraída, que casi nunca hablaba a menos que le preguntaran algo y tan acostumbrada a posicionarse en torno a un libro —cogiéndolo con las manos, mirándolo, con las rodillas levantadas para usarlas de apoyo— que parecía incompleta sin uno.

Nunca había intentado describir su trabajo, un hábito poco útil que quizás yo haya heredado. Aunque se pasó la mayor parte de su vida en la universidad, nunca fue profesora, nunca divulgó. Las matemáticas no iban de comunicarse, de pasar información entre personas; eran algo más puro, más cercano a la música, un acto de revelación. Los títulos que yo veía en sus estantes —*Philo-*

sophy of Cusp Forms, Projectile Transformations, Hyperbolic Motion, Ultraparallel Theorem— eran como superficies convexas; yo les pasaba las manos por encima sin acercarme para nada a la sustancia que había dentro. En uno de los lomos había un símbolo de infinito, dos círculos que topaban entre sí interminablemente, sin título que lo acompañara. Yo no podía ver lo que hacía mi madre todo el día, no podía imaginarme lo que pensaba acerca de su vida. Si Fenna hubiera sido capaz de hablar el lenguaje en el que pensaba, no habría sonado parecido a nada que hubiera en el mundo.

Sufría migrañas frecuentes, acostada en una habitación solo para ella, con los ojos cerrados y un pañuelo blanco mojado sobre la frente. Durante aquellos episodios, su tensión interior se propagaba por toda la casa. Nuestro padre, Geert, patrullaba el edificio, asegurándose de que no levantáramos la voz en ningún momento, de que no abriéramos ni cerráramos puertas y de que no encendiéramos nunca el ordenador. Me miraba mal incluso por pensar demasiado alto. Le gustaba aquello: cuidar de Fenna como forma de disciplina. Le daba una meta y una ocupación. La situación fue todavía más incómoda después de que ella se recuperara, durante los breves periodos en que, tras perder los roles para los que se nos había adiestrado, nadie en la casa sabía qué hacer. Estoy segura de que Fenna exageraba sus síntomas, o al menos de que a veces los prolongaba. Sus episodios levantaban una barrera a su alrededor, le daban espacio y tiempo para estar a solas. No se hacían preguntas ni era necesario dar explicaciones. Pero sobre todo lo hacía para Geert, para hacerle sentirse útil, para darle un papel, para distraerlo, y de esa manera protegernos a nosotras de las partes más volátiles de la personalidad de nuestro padre.

Durante mi infancia hubo dos fuentes de violencia, y una de ellas fue el crecimiento mismo. Los huesos se me alargaban a rachas repentinas y dramáticas. Las noches podían ser una agonía, con un dolor insoportable que me latía por las piernas. Me pasaba meses sin dormir una noche entera. Tenía pesadillas, soñaba con una industria en miniatura que me operaba debajo de la piel, que

me reconstruía, que me dejaba fuera en calidad de simple observadora abandonada e impotente. Lo extraño de la experiencia me hacía sudar y a veces vomitar. Sin embargo, durante todo aquel proceso, Fenna siempre estaba a mi disposición, capaz de dejar de lado su propio sufrimiento. No me hacía falta llamarla, no necesitaba hacer ningún ruido; de alguna forma, mi madre notaba que yo la necesitaba y venía. Me tranquilizaba, me apartaba el pelo húmedo de la frente y me hacía presión con las manos en los muslos y pantorrillas, los agarraba, clavaba los dedos en la carne, forcejeaba con el dolor y trataba de darle una forma manejable. Recuerdo que yo levantaba la vista, la veía de pie junto a la cama y al principio no la podía reconocer. Había cierto salvajismo en la fuerza con que me presionaba las piernas. Empujaba una y otra vez, con ritmo y disciplina, mientras yo intentaba guardar silencio, y las lágrimas no me venían por el dolor, sino que eran de agradecimiento por los primeros y sorprendentes indicios de alivio. De pie a mi lado, a oscuras, Fenna casi parecía una parte de mí. Me pregunto si disfrutaba de aquello; del hecho de que la necesitara, de la sensación de estar unidas. Nunca habíamos estado tan cerca la una de la otra. En aquellas ocasiones nunca hablábamos; yo no habría podido ni aunque lo hubiera intentado. A fin de reconfortarme, Fenna emitía unos sonidos extraños y quedos, como de pájaro que revolotea, los últimos sonidos que yo oía antes de quedarme dormida.

Todas las noches me medía a mí misma con cinta métrica —con cuidado de no dejar marcas en las paredes— y por la mañana observaba las diferencias. Me daba mucho miedo saber que aquel poder venía de dentro, que había algo inherente a mi cuerpo que se desplegaba de aquella manera. Era como si al nacer toda mi forma adulta ya hubiera estado preparada, condensada y contraída en una bola para irse abriendo poco a poco. Me sentía intimidadada; no estaba segura de ser capaz de hacer aquello sola, pero con mi madre allí, de noche, no solo supervisando sino también dirigiendo mi crecimiento y mis cambios, sabía que no me hacía falta, que en realidad no estaba sola. Al dar mis primeros pasos

vacilantes por la mañana y acomodarme en la banqueta de la cocina, con la mesa delante y la pared tras la espalda, Fenna me miraba con una gratitud y un placer simples. Aquello significaba algo para mí: la evidencia de que mi apariencia la había hecho feliz, la prueba de que realmente me quería, después de todo.

Geert solo había querido una cosa en la vida: ser arquitecto. De niño se había centrado en ello y había estudiado para conseguirlo. Pero algo había salido mal y sus exámenes de acceso habían sido un desastre. De hecho, sus resultados habían sido tan lamentables que incluso le privaron de la posibilidad de repetirlos en otra ocasión. Había arruinado su única oportunidad y jamás lo superó. No me enteré de aquellas ambiciones, ni de cómo se habían visto frustradas, hasta mucho después de marcharme de casa; mi padre jamás me las contó. Fue una vez más Erika quien me lo explicó. Ella tampoco conocía toda la historia, pero me insinuó que los nervios habían sido parte del problema, que Geert había sufrido una ansiedad incapacitante.

Así pues, Geert, que solo había querido ser arquitecto, construir cosas en tierra firme y ver cómo se acumulaban, había terminado haciendo la única cosa que expresamente no había querido hacer, el mismo trabajo que habían tenido sus antepasados: salir a la mar. Al principio, trabajó en buques de arrastre por el Atlántico, igual que su padre y su abuelo. Se pasaba meses fuera de casa. Si he reconstruido bien la cronología, tomó aquella decisión casi en el mismo momento de suspender los exámenes de acceso, como si hubiera querido castigarse a sí mismo, sentir el escoror del aire salobre helado en las manos despellejadas por las gruesas sogas. Se pasó años haciendo aquello, más de lo que duraba mucha gente en aquel trabajo, y así pudo ahorrar una suma considerable de dinero. Y entonces, de alguna forma inexplicable, conoció a Fenna.

Se toparon por la calle, de noche, chocando literalmente. Geert salía de un bar, ebrio, y su propia torpeza lo dejó horrorizado,

avergonzado. Las veinticuatro horas siguientes las pasaron juntos. Y a partir de entonces cambió. Estaba obsesionado, no podía pensar en otra cosa. Se convirtió en una persona distinta de la noche a la mañana. Se llenó de determinación, de potencia. No soportaba estar separado de Fenna. Salir a la mar era una deserción, un desastre. Cuando estaba en el barco se lo comían los celos y la paranoia. Como al resto de la gente, le sorprendía que Fenna —oscura, sofisticada, hermosa— hubiera mostrado algún interés en él, y se dedicaba a atormentarse diciéndose que todo debía de haber sido un sueño. Al llegar a tierra tomó una decisión emocional y precipitada, algo nada propio de él: no volvería a embarcarse nunca. Aunque tenía claro que Fenna no tardaría en recuperar el juicio, y no querría saber nada más de él, necesitaba dejar abierta la exigua posibilidad de que pudieran seguir viéndose, o incluso —casi no soportaba el hecho de planteárselo— de que pudieran construir un futuro juntos. Aquel día hizo dos llamadas telefónicas: una a su agente del puerto y la otra a la mujer con la que iba a pasar el resto de su vida.

La historia tiene de todo: el mar, la mujer misteriosa, el encuentro fortuito que transforma dos vidas. El hecho de que el topicazo sea la única forma que he encontrado de hablar del tema es, creo, la prueba de lo inexplicable e injustificable —y en gran medida equivocada— que fue su unión.

Pero resultó que Geert no había abandonado del todo la mar. Seguiría trabajando en ella, de forma indirecta, durante casi cuatro décadas, hasta que, por fin, en una oficina anónima y vacía de la Junta de Aguas, le fallaron de forma definitiva los pulmones y se murió.

El bisabuelo paterno de Geert había trabajado para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, la VOC, durante los estertores finales de esta. El padre de su bisabuelo también había trabajado para la VOC, igual que su padre antes que él; o eso dice la leyenda. A Johannes, el padre de Geert, le encantaba contar historias de las aventuras de nuestros antepasados. Recuerdo la sonrisa inexpresiva de Fenna cuando el viejo contaba sus batallitas; no se

creía ni una palabra. La VOC, decía Johannes, había supuesto el inicio de la era moderna, el invento que había hecho posible todo esto, y señalaba el *skyline* de Rotterdam, que se extendía al otro lado de las ventanas. Inaugurada en 1602, había sido la primera empresa pública que había entrado en bolsa. Tenía todos los poderes del Estado. Su flota naval recorría el mundo entero, firmando tratados, creando enemigos y aliados, ejecutando a prisioneros y colonizando países enteros. La VOC incluso acuñaba su propia moneda. Johannes nos contaba historias de grandes aventuras ambientadas en islas remotas del Índico, historias de naufragos y tesoros enterrados y descubrimientos increíbles, y mi hermana y yo nos quedábamos cautivadas. Aquellas historias tan emocionantes y dramáticas hacían que nuestras vidas parecieran tediosas e insulsas. Pero Johannes contaba que ninguna de aquellas aventuras habría sido posible si los Países Bajos hubieran sido de alguna manera distintos. Era justamente la baja altitud del terreno y la dificultad de cultivarlo por lo que se había creado la VOC. Los Países Bajos se habían visto obligados a reinventarse y a convertirse en una tierra de la imaginación. Aunque los Países Bajos originales se habían quedado donde estaban, su sombra, la VOC, había viajado por el mundo. El país original estaba siempre en situación de riesgo, amenazado por las aguas que lo rodeaban, siempre en peligro de inundarse, mientras que la VOC explotaba los océanos del mundo; como si la amenaza constante de hundirse hubiera inspirado al país para conocer los océanos mejor que nadie.

A Geert no le gustaban aquellas historias; esa era una de las razones por las que a Johannes le gustaba contarlas. Johannes era corpulento y gritón, un hombre rubicundo que parecía desbordar su sillón. Nosotros lo veíamos completamente distinto a nuestro padre: Geert era un hombre nervudo, cansado, reticente y poco comunicativo. Pero, cuando miro atrás ahora, veo las cosas distintas. Geert le había tenido miedo a su padre toda su vida, al tiempo que ansiaba su atención y su aprobación, pese a odiarse a sí mismo por aquella debilidad. Las pequeñas cosas que decía Johannes —aquellos chistes y comentarios suyos que nos hacían reír—

afectaban a Geert. Veías que se mordía la lengua y abandonaba la sala; a Fenna se le notaba una expresión de ligera preocupación por debajo de la sonrisa. Pero lo último que yo hubiera sospechado por entonces era que Geert le tenía a Johannes el mismo miedo que mi hermana y yo le teníamos a Geert.

Ahora resulta obvio que la idea de haber decepcionado a su padre no era una mera sospecha, sino que este se lo había demostrado una y otra vez. En primer lugar, por su trabajo. A ojos de su padre, Geert era débil y no tenía agallas para aguantar el mar. Durante el resto de su vida profesional, hasta el momento de morir en una de sus oficinas en la ciudad, Geert trabajó en la Junta Regional de Aguas, la Waterschap, en calidad de ingeniero hidráulico y asesor. Tal como descubrí más adelante, cuando en pleno ataque predecible de remordimientos me puse a investigar su vida, en un intento de que encajaran todas las piezas, comprobé que las Waterschappen se remontaban al siglo XIII, cuando se surgieron una serie de organismos gubernamentales semiautónomos, que celebraban elecciones y recaudaban impuestos. Johannes nunca contaba esto en sus historias —sería darle demasiado crédito a Geert—, pero había un vínculo claro entre las innovaciones de las Waterschappen y el establecimiento de la VOC. El trabajo que hacían, y seguían haciendo, las Juntas del Agua era vital. Ojalá yo hubiera entendido esto por entonces, mientras Geert estaba vivo.

Sin las Waterschappen no podrían haber existido los Países Bajos. El país habría quedado inundado de inmediato, superado por las aguas; habrían desaparecido más de dos tercios de la tierra. Las Waterschappen, con sus ejércitos de ingenieros, estaban constantemente adaptando y diseñando formas nuevas de represar los ríos, eliminar el exceso de agua y construir líneas de costa artificiales, como aquella fina playa que visitábamos con regularidad cuando yo era niña. El trabajo no se terminaba nunca; la gestión del agua era un proyecto ilimitado. Esto era lo que yo no entendía por entonces, pero ahora comprendo que era la presión que Geert llevó sobre sus espaldas todos los días de su largo servicio. Así pues, cuando llegaba a casa por las noches no traía ali-

vio, sino resignación. Los fines de semana y las vacaciones solo eran prórrogas temporales de la tarea de entender, predecir, gestionar y dispersar las aguas que de otra forma inundarían la región general de Rotterdam, una zona donde vivían más de dos millones de personas.

Una vez comprometido con aquella tarea, ya no había forma de escapar de ella. Estaba enfadado con nosotras, con sus hijas, porque las exigencias financieras de nuestra existencia lo ataban a esa labor. Pero también afectaba a su temperamento lo que veía en el trabajo, un mundo en equilibrio precario, un entorno hostil a los seres humanos, donde lo único que postergaba la catástrofe eran las intervenciones quirúrgicas de unos equipos de especialistas. No es que quisiera gratitud por aquello; solo un reconocimiento de la existencia de la amenaza.

Veía complacencia en todas partes, y la odiaba. Lo último que hacía cada noche era poner en la mesa nuestros platos del desayuno, como si realizara una invocación, una pequeña plegaria; como si aquella preparación y aquella inversión hicieran que fuera más probable que cobrara existencia el día siguiente. Se levantaba temprano, incluso en sus días libres, e insistía en que nosotras hiciéramos lo mismo, por lo general, no más tarde de las siete de la mañana. Lo recuerdo allí en el jardín al amanecer, delante de mi habitación, haciendo chirriar las piedras con los pies y limpiando ruidosamente mi ventana con energía excesiva y vigorosa. Fue más adelante cuando me pregunté sorprendida si sus actos, que yo siempre había interpretado como sadismo, no estarían en realidad encaminados a que disfrutáramos, a que saliéramos e hiciéramos cosas y experimentáramos el mundo. Nuestra libertad era una afrenta a su confinamiento, pero el trabajo también le había enseñado que la vida no se podía vivir con pasividad, había que agarrarla y luchar por ella. Si trabajaba tan duro —a veces llegaba tan dolorido que apenas se podía sentar, y prefería quedarse en la puerta con la espalda pegada a la pared—, lo menos que podíamos hacer era disfrutar de lo que nos había dado y no desperdiciar el día en la cama.

De niñas, mi hermana y yo jamás intentamos entender el formidable mal genio de nuestro padre, nos limitábamos a temerlo y a escondernos de él siempre que podíamos. Quizás lo más aterrador de todo era que nos resultaba completamente impredecible. Como no lo conocíamos, no sabíamos de qué era capaz. Cualquier cosa que dijéramos o hiciéramos, por inocua que fuera, podía desatar aquel torrente interior suyo. Jamás he oído a nadie bramar como mi padre. Su voz atronadora parecía dejar en las habitaciones de la casa unos ecos que duraban horas o incluso días. Rompía objetos arrojándolos contra la pared. Su energía, el vigor de su rabia, resultaban asombrosos. Se movía con una rapidez increíble, cruzando la sala con cuatro zancadas para agarrarme y levantarme por el cuello de la camisa. Por supuesto, aquellos estallidos solo se producían cuando Fenna estaba en el trabajo. Era como si su resentimiento y su rabia se hubieran ido acumulando durante los silencios de su mujer, y él se hubiera dedicado a esperar, huraño, la oportunidad de desahogarse.

Helena, que tenía tres años menos que yo, se libró de la peor parte. Geert nos pegaba a menudo a las dos, unos fuertes bofetones de los que tratábamos de defendernos apartándonos y tapándonos la cabeza con las manos, de manera que lo frustrábamos de forma inconsciente y lo provocábamos todavía más. Pero lo peor de todo eran las tandas de golpes que se prolongaban varios minutos. Que yo sepa, Helena nunca se vio sometida a aquellas palizas. No sé por qué; quizás Geert ya satisfacía su apetito con la violencia que me infligía a mí. Quizás Helena simplemente no lo provocaba como yo. O quizás había algo en mi reacción a los golpes de mi padre que lo inhibía de emprender los mismos ataques contra su hija pequeña.

Nunca hablé de esto con Fenna, pero está claro que debía de ser consciente de ello. Las migrañas, además de imponer un silencio general en la casa, un silencio que prohibía todas las formas de comunicación, y por tanto descartaba la posibilidad de que yo le contara lo que estaba sucediendo, quizás también fueran un síntoma del miedo y de la sensación de impotencia que ella experimen-

taba cuando afrontaba la furia de Geert. Aunque a mi madre nunca le puso la mano encima, la amenaza era implícita, se dejaba ver en los moretones que yo tenía en los brazos, el cuello y la cara. Me arrojó repetidas veces contra la pared. Cuanto peores eran las palizas, más se retraía Fenna. Pasaba menos tiempo en casa, trabajaba jornadas cada vez más largas en la universidad y se refugiaba en un mundo más puro de símbolos, lógica y verdades eternas. Irónicamente, teniendo en cuenta lo que pasaría más adelante, yo no entendía esto y culpaba a Fenna por no ayudarnos. En realidad, es posible que nuestra madre sí hubiera intentado intervenir, y que la reacción de Geert hubiera sido lo bastante explosiva como para descartar de inmediato esfuerzos posteriores. Las largas noches que pasaba cuidándome, sin articular palabra pero no en silencio, calmando el temblor de mis piernas, eran su forma de preocuparse por mí, de protegerme, de recuperarme.

Una de las pocas cualidades de Geert que recuerdo que mencionó mi madre era precisamente la misma que nos provocaba tanto terror a Helena y a mí: su impredecibilidad. Nos lo dijo con una sonrisa, bajando la voz y dirigiendo la mirada hacia algún recuerdo del pasado remoto: «Haga lo que haga, siempre es una sorpresa».

Parecía particularmente trágico, aunque seguramente no del todo inusual, que lo que en una época lo había definido en positivo hubiera acabado siendo la esencia de todo lo peor de él. Como les pasa a todos los hijos, nunca he sido capaz de imaginarme de forma convincente las vidas de mis padres antes de llegar yo, un periodo de inocencia, con menos obligaciones y compromisos, y ciertamente jamás he creído que la naturaleza de Geert pudiera ser una fuente de placer y de encanto. Geert prodigándole eternamente a mi madre gestos amables, regalos sorpresa y viajes improvisados de fin de semana. Geert, colocado en una situación novedosa —conocer a la familia de Fenna, por ejemplo, o a sus compañeros del trabajo; circunstancias difíciles para cualquiera, y ciertamente para un hombre callado y retraído como él—, y sorprendiéndola, asombrándola, mostrando recovecos de su personalidad, facetas

nuevas de su carácter, que hicieron que ella se volviera a enamorarse de él. ¿Podía ser verdad esto? Su impredecibilidad total, en aquella fase temprana, se me antojaba una especie de infinitud, una personalidad incontenible y carente de límites. Geert podía hacer cualquier cosa. Quizás el potencial de violencia hubiera estado presente desde el principio, listo para ser desencadenado por una serie especial de circunstancias —la paternidad—, pero por lo demás no solo en estado latente, sino impulsando en la práctica la felicidad que había creado y las cosas buenas que hacía. Quizás eso explicase que Fenna fuera incapaz de enfrentarse con él y que no pudiera desafiarlo en relación con la violencia: si lo condenaba, estaría condenando también toda la felicidad de la que habían disfrutado, y por mucho que ella lamentara el dolor que Geert nos había infligido —un dolor que estaba claro que ella también experimentaba, en sus migrañas—, lo cierto es que era humanamente incapaz de hacerlo.

Una de las cosas que más difíciles le resultaron a Geert, durante sus últimas décadas en las Waterschappen, fue lo mucho que todo había cambiado, sobre todo en relación con el grado de automatización introducido en el trabajo, algo que siempre le había generado desconfianza. La predicción era fundamental —pronosticar los niveles anuales de agua, calcular la gravedad de una tormenta que se avecinaba, decidir por adelantado si había que decretar la evacuación de una zona—, pero cuanto más nos adentrábamos en el siglo XXI, más difícil se volvía la tarea. La temperatura fluctuaba de forma anormal, las estaciones se solapaban drásticamente y las inundaciones se convirtieron en un problema durante todo el año. En un solo día caían meses enteros de lluvia. Enormes olas se precipitaban contra los diques marinos, los baluartes y las barreras costeras artificiales que habían erigido Geert y sus compañeros. Lo que siempre había sido un trabajo difícil no tardó en volverse imposible. El aumento de las temperaturas condujo a una serie de desbordamientos de ríos que crearon unas marismas per-

manentes. Llegaron los mosquitos, que se multiplicaron en los nuevos humedales e introdujeron las primeras cepas de malaria que se recordaban en la región desde hacía más de setenta años. En aquella fase, Geert ya estaba cerca de venirse abajo, completamente sobrepasado, incapaz de explicar los cambios ni de seguirles el ritmo. La realidad lo había derrotado, había rebasado por completo los límites de su imaginación. Cuando llegaba a casa por las noches, se lo veía lento, pesado, casi conmocionado. No tenía ni idea de qué le traería el día siguiente; ya no podía imaginarse qué iba a pasar. La situación debió de aterrarlo. El ecosistema entero estaba cambiando y él se estaba quedando atrás. El detalle más pequeño podía provocar los cambios más descabellados. Los mosquitos colonizaban el paisaje. El exceso de salinidad tierra adentro arruinaba la agricultura. Pero aquello solo era el principio. Cuando se asomaba al exterior, pensaba yo, solo podía ver el fin del mundo.

En contra de sus deseos, se instalaron nuevas barreras automatizadas contra tormentas, un sistema de inteligencia artificial que se comunicaba mediante datos de los satélites y levantaba defensas cada vez que se presentaba amenaza de inundaciones. Las vidas de más de dos millones de personas dependían de aquella inteligencia inescrutable, y al llegar aquello Geert se vino por fin abajo. Se había quedado atrás. Se acercaba su jubilación y nadie se planteaba que continuara en el trabajo, incluso antes de la enfermedad. Su vida entera había sido un esfuerzo por mantener a raya al mar, y cuando sufrió la recaída y le fallaron los pulmones, me imaginé que hubo —o al menos eso esperaba yo— un instante de calma y aceptación al final de todo, durante sus últimos momentos de consciencia, cuando se dio cuenta de que ya no iba a tener que seguir luchando.

En calidad de arquitecto frustrado, siempre se consideraba a sí mismo y a sus logros una decepción, pero la ironía —y me habría gustado que la percibiese— era que por medio de su trabajo había construido y reconstruido el país, hora a hora, día a día. Sin la pasión, el ingenio y la valentía de personas como Geert, nuestro país no podría haber existido. Era arquitecto y arqueólogo, planifica-

ba y excavaba, implantaba sistemas para dragar y desviar el agua, escarbaba el terreno y lo sacaba a la luz. Había líneas de costa artificiales enormes y tremendamente elaboradas, penínsulas construidas con arena importada, diques altos destinados a dispersarse de forma natural a medida que se moviera el agua, diseminando la arena de forma uniforme por todo el margen de la tierra. Había megaestructuras de cemento y de acero integradas en la costa, que la movían y la elevaban cuando era necesario, nuevos paisajes superficiales que se imprimían desde factorías.

No expresé nada de todo esto mientras Geert estaba vivo. Quizás no pensé que mi padre mereciera oírlo de mis labios. Pero a veces todavía me pregunto si podría haberle dicho algo, quizás no de forma tan inequívoca, pero sí al menos algo, algún gesto, alguna señal de mi aprecio por sus logros; haberle dicho, como si necesitara oírlo, que había valido la pena aquella batalla suya de cuarenta y tantos años; que no había sido en vano.

La mañana del funeral, Fenna encontró una foto de mí a los seis o siete años en compañía de Geert, los dos sonrientes y calzados con botas de vadeo. Me contó que, cuando yo era pequeña, antes de empezar la escuela, lo seguía a todas partes y a menudo lo acompañaba al trabajo. Me había olvidado por completo. Siempre me habían fascinado las islas, y me acordé de que Geert me contaba que los Países Bajos, a modo de táctica militar, cuando el país afrontaba la amenaza de una invasión, abría las compuertas y las barreras, inundando así el terreno, lo transformaban en un archipiélago y elevaban el nivel de las aguas lo suficiente como para tener que vadearlas pero sin que llegara a poderse navegar por ellas, de modo que el territorio se volvía inmune a los ataques. Usaban la vulnerabilidad del país como estrategia defensiva, como fortaleza.

En el funeral fui la única persona de nuestra familia inmediata que ayudó a transportar el ataúd. Era la única lo bastante alta. Siempre me había avergonzado de mi estatura; quería ser más menuda, más como mi hermana, no tan alta y angulosa. Pude cargar con mi padre porque me parecía más a él de lo que creía; siempre había llevado una parte de él.